

La obra de Daína Chaviano: Encuentro con la fantasía después de muchos años de silencio.

Por Vicente Gómez

Leído en el panel dedicado a la autora en la Feria Universitaria del Libro de Tabasco (México),
10 de noviembre de 2014

*—Pocas veces las cosas son lo que parecen —murmuró
Morgana junto a mí.*

Daína Chaviano

Los puntos equidistantes de un escritor llegan a juntarse en algún momento de su vida. La idea de la casa fantasma, centro motor de la novela *La isla de los amores infinitos*, de Daína Chaviano, está ya en otro libro suyo, *Historias de hadas para adultos*, específicamente en el texto *La granja*. En ambos, una casa aparece así de la nada conteniendo secretos, personajes, apariencias.

La casa del texto de 1986 encierra las figuras emblemáticas de Merlín, Arthur, Uther, Igraine, Morgana. Es esta última la que mueve la trama en la que se ve envuelto un periodista. Gilberto Herrera camina perdido por entre el páramo. Es un hombre sensato. No cree en cuentos de hadas, ni en fantasmas. Se pierde y entra a la casa donde sus habitantes acuden regularmente a un granero donde, y ahí viene la fascinación que la autora descubre, tienen un dragón.

Cada habitante de la casa tiene un espíritu que lo acompaña, un ser que lo caracteriza. Morgana, un gato negro llamado Excalibur. Igraine, una brisa. Elaine, un enjambre de abejas. Uther, el humo. Al finalizar la noveleta, Gilberto Herrera tendrá como acompañante eterno un paleotragus. Esta idea del ser que acompaña al humano, siendo una especie de demonio o ángel, según el comportamiento del acompañado, apareció en la trilogía de *La brújula dorada*, del escritor Philip Pulman, ¿la recuerdan? Bueno, pues la primera en definir esta cualidad como un elemento fantástico delicioso fue Daína Chaviano.



Si me atreviera —claro que me voy a atrever— diría que *La granja* es el germen de las preocupaciones de Daína Chaviano. Ahí, a más de encontrar la figura femenina como eje motor del conflicto, encontramos un donoso escrutinio a la manera de la obra cervantina.

El escrutinio de la fantasía hace que Gilberto Herrera encuentre textos de raigambre fantástica, no solo de Tolkien o C. S. Lewis, resucitados por las nuevas generaciones después de un sueño demasiado largo. En la descripción de los libros de esa mágica biblioteca encontramos con sorpresa autores no fantásticos, pero muy importantes para la inspiración del mundo fantástico, por ejemplo, Mircea Eliade. La tesis del rumano autor de *El mito del eterno retorno* sirve para definir cómo vuelven (volverán) estas historias, historias que definieron la imaginación del hombre. Volver, retornar, pero retornar siempre es lo que ha ocurrido en estos días.

El mundo retomó las historias de otros tiempos, apropiándose las, fascinándose con ellas, haciéndolas propias. Sin entender que han estado ahí siempre. Si bien, como dijo el humorista español Enrique Jardiel Poncela, en arte todo está dicho. Pero como la gente no escucha, hay que volver a decírselo.

Daína Chaviano es precursora de un género que fue desdeñado por los escritores “serios”, los que veían en la literatura fantástica una diversión evasiva, más propia de adolescentes que de lectores serios. Aquí convendría definir qué es un lector serio: supongo que el que lee con adustez lo mismo la Biblia que el cuento de Croce Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno. Pero en las últimas décadas, la literatura eminentemente fantástica volvió por sus fueros, recobrándolos con toda justicia. También podríamos pensar en cuál es una literatura fantástica y cuál no. Leer los portentos ocurridos en Macondo es asumir buenas dosis de fantasía. Leer las delirantes páginas de *Terra nostra* de Carlos Fuentes, donde un niño de seis dedos en cada pie nacido en el siglo XX cuenta su historia desde que es hombre en el siglo XVII, también implica, a más de la fantasía, la complicidad del lector.

Aquí deberíamos detenernos en esa palabra. Complicidad. El lector es cómplice. No es ajeno al proceso de la creación. Por eso nos sorprende, debe sorprendernos, Daína Chaviano. Desde la publicación de sus primeros textos, la autora de *Los mundos que amo* exigió del lector, de su lector, una complicidad más allá de la elemental. Ella reinventa los cuentos de hadas, los cuentos de fantasmas, los cuentos donde extraterrestres vienen al mundo con ansia de mejorarlo. Recordemos que el carro visto por el profeta Elías en la Biblia no deja de ser una nave interplanetaria. Que el primer viajero a la luna fue Luciano de Samosata —¿o fue Cyrano de Bergerac?—. El caso es que Daína Chaviano reinventó las historias volviéndolas cercanas al lector del siglo XX.



Festejamos la aparición de J.K. Rowling o de Cornelia Funke cuando ya había en América Latina, en el Caribe específicamente, una autora que retomaba los temas del pasado haciéndolos nuestros, modernos, vibrantes. Recurrir al epígrafe de Silvio Rodríguez o a la dedicatoria a Steven Spielberg y a su criatura, “la más adorable que llegara del espacio en filme alguno”, o sea ET, en la edición de 1986 de *Historias de hadas para adultos*, define a la autora como una mujer preocupada por expresar las cosas del tiempo nuevo con cuentos de otros tiempos. No necesariamente de tiempos viejos, habría que agregar. Recordemos que la ciencia ficción (aunque debemos referirnos a ella como *science fiction*, que equivaldría a *ficción científica*) sucede en el futuro.

Esos otros tiempos son los que ella, Daína, observó desde el momento mismo en que rehace las historias ya contadas. Su legado comienza desde 1980, al poco tiempo de celebrarse 20 años de la revolución cubana. Vamos a lo difícil para no volver a tocar el tema.

Escribir literatura de ciencia ficción o fantástica en un país como Cuba donde debería, debe, preponderarse lo real, lo estructurado, lo concebido en aras de la sociedad, más que de lo imaginario, debió serle difícil. Leo en una entrevista de la autora que tuvo un taller literario donde se abordó este género. Cito la entrevista: “Fundé el taller Oscar Hurtado poco después de graduarme de la universidad. Allí tuve el placer de apoyar a muchachos tan o más jóvenes que yo. En ese momento tenía un libro publicado —que había recibido el Premio David de CF— y un segundo a punto de salir. Aún era una escritora en formación, pero mi entusiasmo por estudiar tendencias y técnicas narrativas me sirvió de mucho en la práctica de ese taller. También aprendí sobre la marcha. Y ten en cuenta que, por la edad, algunos de los miembros de ese taller podrían haber sido mis hermanos mayores. La verdad es que todos éramos muy jóvenes, pero yo me sentía feliz cuando me enteraba de que uno de sus cuentos había recibido un premio o iba a ser publicado. En aquella época estaba en contacto con Juan Carlos Reloba, quien trabajaba en la editorial Gente Nueva a cargo de las publicaciones para lectores juveniles, y siempre me dejaba saber cuándo preparaba alguna antología o selección de CF. Entonces les avisaba a los miembros del taller, y seleccionábamos los mejores cuentos que ya habían sido analizados para que los presentaran al editor”.

Luego entonces no debió serle difícil.

Una novela de Daniel Chavarría, *Joy*, tiene un momento donde un sabio —científico loco deberíamos llamarlo— lanza al vuelo unas palomas que llevan un virus —estoy citando de memoria—. Dicho virus causará estragos infectando a la población. Si podemos citarlo como un antecedente de este escenario de ciencia ficción donde



Daína comienza a escribir, espero sea lo correcto. Ella nos lo dirá. Entonces, si no fue obstáculo, ¿por qué conocemos tan pocos escritores del género en Cuba?

Un vistazo a otro país latinoamericano, México por decir alguno, arroja una lista de escritores del género que Daína debe conocer muy bien. Por ejemplo, Emiliano González Campos, José Luis Zárate, Gerardo Porcayo, Bernardo Fernández BEF, Alberto Chimal, por hablar de los vivos, escriben literatura fantástica de ciencia ficción causando revuelo con sus invenciones.

José Luis Zárate tiene una novela titulada *Xanto*, donde el héroe es un luchador que se enfrenta a enemigos de raigambre feroz. Recordemos del mismo modo que las películas de Santo, el enmascarado de plata, desdeñadas en su momento por absurdas, ridículas, horteras dirían los españoles, resultaron valoradas en un festival internacional de cine como Cannes por sus cualidades estéticas y vanguardistas.

¿Qué ha pasado? Que la literatura y el cine fantásticos, desdeñados, mal vistos, pedestres para muchos, ahora resultan del agrado del público que los consume como pan caliente provocando en la industria editorial y cinematográfica un nuevo boom, una forma moderna de ver el futuro, futuro que ya llegó, extrañamente. Largo planteamiento, perdón. Vamos a lo que nos convoca.

Daína Chaviano escribe estos géneros confiando en sí misma. Qué otra cosa nos queda. Digo, enganchándome en su hilo pues he escrito estas mismas preocupaciones durante ya muchos años. En este momento, estando junto a ella, no tienen cabida los que no creen en las hadas, los que no vieron ET, los que no vieron *Leyenda*, la cinta de Ridley Scott, los que no creen que existen mundos maravillosos donde surcan los cielos carrozas en las que viajan seres mágicos, los que no creen en duendes y unicornios, los que se dedican a una actividad execrable para denostar estas historias. Los que ahora se sientan a la mesa de la literatura fantástica cuando se rieron de ella en su momento.

Daína Chaviano propone en su novela *La isla de los amores infinitos*, una historia generacional; un destino programado desde las primeras instancias de la vida que desembocan en la unión de una pareja. Narrando a través de un fantasma, el fantasma de Amalia, la autora induce la trama en una joven triste que no está triste. Entendamos el matiz. Cecilia va al bar con sus amigos para pasar el tiempo, quizá no para entretenerse. Pero la historia de Amalia la seduce. Regresa al bar durante muchas noches, escuchando cómo la anciana le cuenta de sus padres, de sus abuelos, de cómo fue engendrada.



Novela totalmente feminista, *La isla...* discurre entre instantes donde la autora maneja sus obsesiones. Entre ellas, la del destino. Volvamos un momento al texto que inicia *Historias de hadas para adultos*, “La granja”. En él, quien abre los ojos del periodista incrédulo, cooptándolo para la causa de la fantasía es Morgana. No puedo dejar de señalarlo.

Después del empoderamiento femenino a mediados de la década de los noventa, las figuras vilipendiadas por el aura machista —María Magdalena, Salomé, Morgana— recibieron una dosis de reconocimiento. Morgana no es una villana en la película para televisión *Las nieblas de Avalon*, basada en la novela de Marion Zimmer Bradley. Allí, Morgana resulta ser víctima de un complot de la reina de las hadas, Mab, de la que ya Shakespeare describiera sus atributos en una de sus obras. Obviamente, si debemos salvar a quien ha sido considerada la villana por muchas generaciones, debemos encontrar a otra villana. Esta opción no siempre resulta coherente. Así que no nos quedemos con la versión extrañamente redentora de Disney, *Maléfica*.

Daína Chaviano no cae en esa fácil empresa. La Morgana de su noveleta “La granja” es quien define el aspecto fantástico en el donoso escrutinio que hace ante los asombrados ojos del periodista. Imagino que cuando Morgana, o su espíritu, leyó esta obra de nuestra homenajead, dejó caer una lágrima agradecida por el reconocimiento de sus dones. El donoso escrutinio incluye autoras tan maravillosas que no conoceríamos sin haber leído este texto. Entre ellas, Úrsula K. Le Guin, Anne McCaffrey, Mary Stewart.

Ya desde ahí, deberíamos darnos cuenta que Daína Chaviano tiene un plan de vida, un plan de literatura. Cuenta a través de las mujeres. Cuenta, no la versión de las mujeres, que eso sería explicar el lado contrario, a la manera absurda de Disney: Daína Chaviano escribe la historia de las mujeres. De las mujeres que fueron siempre villanas ante el rudo planteamiento masculino.

En un momento de *La isla...*, Daína dice: “[Cecilia] Creyó ver una línea lechosa que bordeaba las hojas. ‘Pudiera ser una ilusión’, pensó. El halo creció. A Cecilia le pareció que latía suavemente. Adentro, afuera, adentro, afuera... como un corazón de luz. ¿Estaba viendo el aura de un ser vivo?” (pag. 141).

El poeta Álvaro Mutis lo dijo en una entrevista. Un ser que da la vida tiene dones especiales. Puede ver la luz, desentrañar las tinieblas, avizorar el porvenir, crear el destino. Esa es la lección de Daína. Las mujeres de sus libros ven lo que vendrá, lo por venir; ya sea Morgana, que en *La granja* dice: “La normalidad es un término impuesto por la mayoría. Los rasgos comunes a un grupo humano determinan el



calificativo de lo normal...” (pag. 35); ya sea Guabina, amiga de Ángela, la abuela de Amalia en la novela más reciente de Daína.

Las mujeres de Daína Chaviano ven. Lo más allá, lo que viene, lo que determina. La mitología griega, al fin hecha por varones, expone a Casandra, la hija del rey Príamo como una histérica que predice. Nadie cree en sus predicciones. Daína lanza estos personajes, dignos de muchas mujeres reales, haciéndolas ver. Y aunque la Cecilia de *La isla...* tiene un novio incrédulo, del que se separa pronto, escucha a la sibila, representada por Amalia, quien la ayudará a encontrar su destino gracias a las predicciones.

Daína Chaviano no olvida sus comienzos mágicos. Las mujeres de la familia de Amalia, por nacimiento o unión, ven un duende. El Martinico. Los varones de la familia no pueden lidiar con él. Ellas deben aprender que, al aparecer Martinico en sus vidas, algo va a suceder. Leyendas, fábulas, consejas, dichos de abuelas, todo eso está presente en la obra de nuestra autora, porque sus novelas se basan en lo que vendrá, aprovechando lo que fue.

La isla... no solo propone la cercanía del aspecto femenino. Nos habla además de las etnias preponderantes en Cuba. Los negros, los blancos, los chinos. Es de señalar la pericia de la autora al lanzar un personaje al escenario de la novela que solamente ha aparecido por referencias capitulares. Este personaje señala la importancia de la raza china en la formación cubana a través de sus costumbres, sus dichos, sus juegos.

Recordemos esos programas maravillosos, llegados a México desde la radio cubana, de *La tremenda corte*. Ahí se habla siempre de la lotería. La lotería china es clandestina, eco de la sociedad, punto clave de la reunión, no como la conocemos en nuestro país, que resultó oficializada, quitándole ese encanto de lo clandestino. Daína nos ofrece la definición de este juego de azar, prohibido en la isla, pero jugado con asidua simetría. Jugado a sabiendas de que se transgreden reglas. Es cuando mejor nos saben las cosas, parece ser. Daína Chaviano desentraña una trama recurriendo a la lotería.

Los magos, los hechiceros, los agoreros de todos los tiempos, predicen basados en juegos, piezas, huesos. El destino se anuncia en las estrellas, pero es más hermoso saber que está entre los símbolos de un juego de azar. Recordemos el libro *El castillo de los destinos cruzados*, de otro escritor igualmente fantástico, Italo Calvino. En ambos libros, los destinos, los caminos cruzados, las vetas de vida se entrelazan para darnos un momento final, un resultado. Daína Chaviano cree en ello.



La isla... habla de amores y de odios. Pero no de pasiones simples. Eso nos recuerda nuevamente las historias de tiempos remotos. Nunca hay pasiones simples. Daína Chaviano lo sabe. Los cuentos de hadas hablan de odios o amores eternos. Nunca de simplezas. Son literatura al borde. En el odio exagerado de los villanos, en el amor desmedido está el inicio de toda actividad literaria. Odiamos o amamos mucho. Los personajes más entrañables de la literatura, fantástica o no, que es cuestión de apellidos, obedecen a estas cualidades.

Si volvemos la vista a este tiempo, las series de televisión basadas en estas historias —*Once upon a time, Grimm, Lost girl, Merlín*— igualmente narran sucesos de hadas, de duendes. De tesoros escondidos y de dragones al acecho. No hay pasión humana que los cuentos de hadas no traten. Y eso lo sabe Daína, que ofrece a lo largo de toda su obra literaria una amplia relación de pasiones que desembocan en estas definiciones de la vida, más allá del sinuoso tránsito de la fiesta o del rencor.

Algunos elementos de este trabajo padecen de rigor, lo admito. Pero desde muchos años antes quise decírselas a Daína. Se las dije de hecho. Se las planteé en una carta que di al escritor José Prats Sariol, rogándole que se la entregase. Evidentemente no se la dio. Pero gracias a la delicadeza de las hadas, al signo inoperante de R'yleh, a los muchos años hojeando y volviendo a hojear este ejemplar del que no quise separarme nunca, repito a Daína Chaviano un reiterado reconocimiento en su obra, en sus libros, en la forma en que me hizo descubrir una vocación que creí dormida, y que otros se esforzaron en apagar.

Gracias nuevamente por su obra, Daína. Es el instante mismo de la vocación literaria, del aumento del estilo, de la formación de un ser mágico. Aspectos que no podemos dejar, olvidar o pasar por alto.

BIBLIOGRAFÍA

--*Historias de hadas para adultos*, Daína Chaviano. Letras cubanas, 1986. 172 páginas.

--*La isla de los amores infinitos*, Daína Chaviano. Edit. Grijalbo. 2006. 384 páginas.

--https://www.dainachaviano.com/pdfs/CHAVIANO_2009_Entrevista_Panorama_CF.pdf

